

Tommy Orange

Estrellas
errantes

Traducido del inglés por Laura Manero Jiménez

AdN

Título original: *Wandering Stars*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2024 by Tommy Orange
© de la traducción: Laura Manero Jiménez, 2025
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S.A.), 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-90-2
Depósito legal: M. 355-2025
Printed in Spain

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor o bien se utilizan de manera ficticia. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas, y acontecimientos o localizaciones reales es completamente casual.

*Para todo el que esté y no esté sobreviviendo
a esa cosa llamada y no llamada adicción*

Prólogo

En cuanto a civilizar a los indios,
soy baptista porque creo que debemos
sumergirlos en nuestra civilización y, una vez
los tenemos ahí abajo, retenerlos hasta que
queden completamente empapados.

RICHARD HENRY PRATT

Había niños, y luego estaban los niños de los indios, porque los despiadados habitantes salvajes de estas tierras americanas no tenían niños, sino sabandijas, y las sabandijas se convierten en alimañas, o eso decía el hombre que quiso hacer pasar una masacre por un ejercicio de control de plagas en Sand Creek, cuando setecientos borrachos se presentaron con cañones al amanecer, y luego, casi cuatro años exactos después, otra vez lo mismo en el río Washita, donde acabaron acorralando a setecientos caballos indios y sacrificándolos de un tiro en la cabeza.

Ese tipo de episodios recibió el nombre de *batalla* y más adelante —a veces— *masacre* en la guerra más larga de Estados Unidos. Más años en guerra contra los indios que como nación. Trescientos trece. Después de matar y expulsar, dispersar y acorralar a los pueblos indios para meterlos en reservas, y después de que la población de búfalos en libertad quedara reducida de unos treinta millones a unos pocos cientos, pues la idea era que «todo búfalo muerto es un indio menos», llegó otro eslogan de campaña dirigido al problema indio: «Mata al indio, salva al hombre».

Cuando las guerras indias empezaron a enfriarse y el robo de tierras y de soberanía tribal se convirtió en algo burocrático, fueron a por los niños indios y los metieron a la fuerza en internados donde, si no morían de lo que entonces llamaban «consunción» mientras los mataban de hambre; si no acababan enterrados cumpliendo con sus deberes mientras los adiestraban para realizar labores agrícolas o industriales o los sometían a una servidumbre forzosa; si no terminaban inhumados en cementerios infantiles o en tumbas sin lápida o perdidos en algún lugar entre la escuela y su hogar tras haber huido, sin sepultura, sin paradero conocido, perdidos en el tiempo o entre el exilio y el refugio, entre la escuela, las tierras tribales, la reserva y la ciudad; si conseguían superar las palizas y las violaciones habituales, si sobrevivían, se construían una vida y formaban una familia y un hogar, era única y exclusivamente por lo siguiente: esos niños indios estaban hechos para cargar con más de lo que estaban hechos para cargar.

Pero, antes incluso de los internados, ya en 1875, tomaron como prisioneros de guerra a setenta y un indios y una india en Oklahoma y los subieron a un tren con destino a San Agustín, en Florida, donde los encarcelaron en una prisión-fortaleza abaluartada: un fuerte de estrella. Era el fuerte de mampostería más antiguo del país y había sido el primer asentamiento europeo del Estados Unidos continental, construido por orden de los españoles y a costa de los indios a finales del siglo XVII con coquina, una amalgama de conchas antiguas que con el tiempo se convierte en roca. A ese fuerte de estrella construido para defender la ruta comercial atlántica, los españoles le dieron el nombre de castillo de San Marcos, por san Marcos, patrón, entre otras cosas, de los presos, y más adelante y bajo dominio estadounidense se convirtió en Fort Marion, llamado así por Francis Marion, héroe de la

guerra de Independencia de Estados Unidos al que apodaban Swamp Fox, zorro de los pantanos, y que tenía fama de violar a sus esclavas y cazar indios por diversión.

Su carcelero, Richard Henry Pratt, ordenó que les cortaran el pelo y los vistieran con uniformes militares. Pratt dispuso también que a los prisioneros de guerra indios de Fort Marion les dieran libros de contabilidad para dibujar. A quien mejor se le daba el dibujo era a un cheyene del sur llamado Howling Wolf, lobo que aúlla, porque mucho antes de eso ya había hecho lo mismo sobre pieles de búfalo para contar relatos. En los libros dibujaba las cosas desde muy lejos y muy arriba. A vista de pájaro. Eso no había ocurrido así antes, en las pieles. No fue hasta después del largo trayecto en tren de Oklahoma a Florida, con cadenas de hierro en las muñecas y los tobillos, cuando Howling Wolf empezó a dibujar desde donde las aves veían el mundo. Los pájaros son quienes mejor ven a cualquier criatura con espinazo, son sagrados porque surcan los cielos y, con una sola de sus plumas y un poco de humo, las oraciones llegan a Dios.

Los indios tenían permiso para vender sus dibujos a los blancos que iban a visitar a los prisioneros de guerra, esos individuos kiowa, comanche, cheyene del sur, arapajó y caddo, a verlos bailar y disfrazarse de indios, a contemplar esa raza en extinción antes de que desapareciera por completo y llevarse a casa un dibujo, una judía de mar pulida o un arco y una flecha, cosas a las que llamaban curiosidades, como si fueran souvenirs de un parque de atracciones o un zoo humano, lugares populares por entonces y en los que solía encontrarse a indios. Esas estampas de la vida india dibujadas por indios sobre páginas pautadas para llevar la cuenta de cualquier tipo de transacción se vendieron como si fueran el primer arte indio. Pratt aprendió de su experiencia en la prisión-fortaleza y la convirtió en modelo para su Escuela Industrial

India de Carlisle, que abrió solo un año después de que liberaran a los prisioneros.

A partir de 1879, los padres indios recibieron presiones, coacciones y amenazas de acabar en la cárcel si se negaban a enviar a sus hijos a la escuela. En un caso, unos padres hopi de Arizona que se habían resistido a seguir esas órdenes fueron enviados a California, a Alcatraz, para cumplir nueve meses de castigo. A los presos les arrebataron la ropa, les dieron uniformes militares, les dijeron que estarían allí hasta que aprendieran más allá de toda duda que sus costumbres malignas estaban mal. Los metieron en cajas de madera más pequeñas que las celdas de aislamiento que se construyeron más adelante para la famosa y atroz prisión. Durante el día los obligaban a serrar grandes troncos para convertirlos en maderos más pequeños, como en la representación del sueño de los dibujos animados. Cuando los dejaron libres y los devolvieron a Arizona, siguieron resistiéndose a llevar a sus hijos a las escuelas y volvieron a pasar más tiempo encarcelados.

Algunos padres indios comprendían que sus hijos eran rehenes retenidos para fomentar un mejor comportamiento por parte de las tribus más problemáticas. A otros niños los sacaban a la fuerza de sus casas y los metían en lo que los indios llamaban caballos de hierro, estruendosos trenes que cruzaban territorios desconocidos para llevarlos a unas escuelas en las que padecían enfermedades y hambre, y donde les enseñaban que todo lo que suponía ser indio estaba mal. Por ley se aprobó que los niños indios asistieran a esas escuelas, igual que se ilegalizaron la medicina india, sus ceremonias, ritos y rituales.

En Carlisle les enseñaron que debían convertirse en indios de Carlisle. Una tribu nueva compuesta por muchas tribus pero que no pertenecía a nadie, solo a la escuela, que a su vez pertenecía al Gobierno estadounidense que la financiaba.

En cuanto llegaban al centro, les cortaban la melena, les quitaban la ropa y les daban nombres nuevos, además de uniformes militares, lo cual equivale a decir que la guerra empezaba de inmediato. Todos los días realizaban instrucción militar y marchaban como contra sí mismos en batallas diarias que tenían lugar primero de fuera adentro y luego de dentro afuera, igual que una enfermedad. Si los niños indios hablaban inglés en lugar de sus lenguas nativas, al principio los recompensaban, pero recibir una recompensa por no hacer cosas indias no era ni mucho menos todo. Palizas, calabozos y un sinfín de otras formas de maltrato eran habituales. Se suponía que había que matar todo lo indio si querían salvarlos. Más adelante se llegó a decir que los niños indios de los internados tuvieron tantas probabilidades de morir como los soldados de una guerra mundial.

Todos los niños indios que alguna vez fueron niños indios no dejaron de ser niños indios jamás, y acabaron teniendo, no sabandijas, sino más niños indios, cuyos niños indios siguieron teniendo niños indios, cuyos niños indios se convirtieron en indios americanos, cuyos niños indios americanos se convirtieron en nativos americanos, cuyos niños nativos americanos se denominarían a sí mismos nativos, o indígenas, o NDN, o usarían los nombres de sus naciones soberanas, o los nombres de sus tribus, y muy a menudo tendrían que oírse decir que no eran la clase correcta de indios para ser considerados indios de verdad por parte de muchos estadounidenses que de toda la vida habían aprendido en el colegio que los únicos indios de verdad eran los de Acción de Gracias, desaparecidos tiempo ha, esos que amaban a los Peregrinos como a la muerte.

Internados como el de Carlisle existieron por todo el país y durante casi cien años operaron bajo los mismos principios que este. Durante décadas, la tasa de abandono escolar entre

los nativos ha sido una de las más altas de Estados Unidos. Hoy sigue duplicando la media nacional.

Convertirse en un no indio como pretendían que ocurriera en Carlisle conllevaba matar al indio para salvar al hombre, tal como había afirmado el fundador de la escuela, y eso significaba que serían los niños indios quienes tendrían que encargarse de morir.

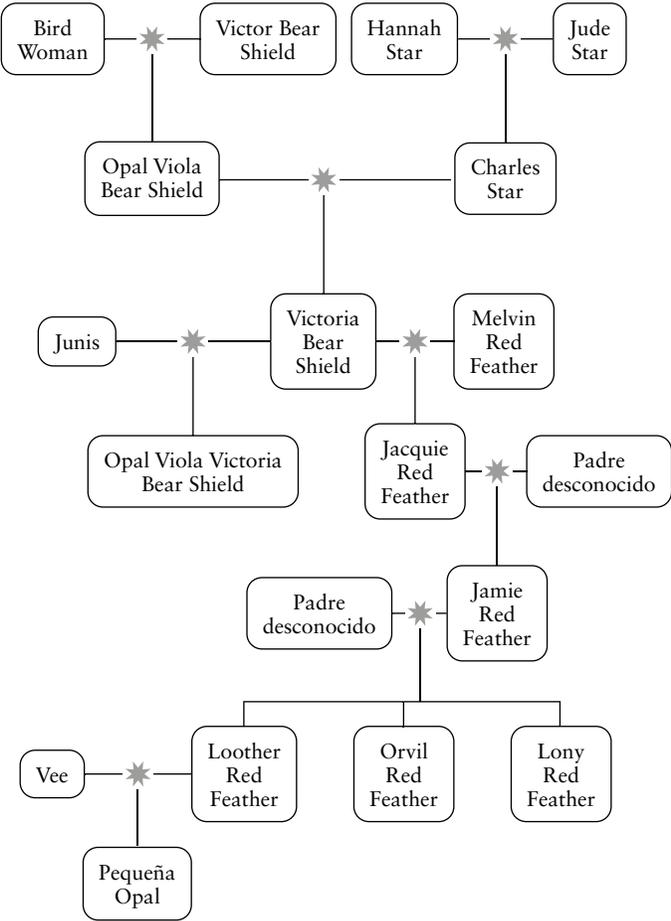
Cuídate del hombre que no habla
y del perro que no ladra.

PROVERBIO CHEYENE

La conocida como masacre de
Sand Creek o de Chivington, pese a
algunos detalles ciertamente censurables,
fue en general una de las acciones
más justificadas y beneficiosas que
jamás tuvieron lugar en la frontera.

THEODORE ROOSEVELT

[Árbol genealógico:]



PRIMERA PARTE

*

El antes

1924

Jude Star

*

Invierno

Capítulo uno

Jóvenes fantasmas

Me pareció oír pájaros esa mañana justo antes de las luces del alba, después de despertar de repente y con miedo a unos hombres tan blancos que eran azules. Había soñado con hombres azules de aliento azul, y los cantos de los pájaros eran los lentos chirridos de las ruedas, el avance de los cañones de montaña que se acercaban a nuestro campamento al amanecer.

Llevaba semanas con las pesadillas que culminaron esa mañana, así que había empezado a dormir con mi abuela Spotted Hawk, halcón moteado. Ella rezaba por mí antes de que cerrara los ojos para dormirme, me soplaban humo en la cara después de liar un poco de tabaco en una farfolla de maíz y luego me cantaba esa canción que me calmaba la respiración y me hacía notar los párpados pesados.

Desde dentro del tipi pensé que eran truenos, o búfalos, luego vi las luces anaranjadas y violáceas del alba a través de los agujeros que las balas habían abierto en las paredes.

Fuera, la gente corría o moría allí mismo, abatida en plena carrera.

Al recordarlo, todo lo vivido antes de Sand Creek parecía pertenecer a otra persona, a alguien a quien conocí una vez, igual que conocía la sonrisa perfecta de mi madre y la torcida de mi padre, la forma en que ambos dirigían la mirada al sue-

lo cuando se sentían orgullosos de su hijo, o cómo clavaban los ojos en mí cuando les hacía enfadar, la forma en que mis hermanos y hermanas se burlaban de mí tirándome de los lóbulos porque tenía las orejas grandes, o cómo me hacían cosquillas en las costillas y me obligaban a reír hasta que casi lloraba de esa forma que me hacía detestarlo y adorarlo, pero sobre todo detestarlo. Nuestro campamento, con nuestros compañeros animales y las grandes hogueras que encendíamos, los ríos y los arroyos en los que jugábamos durante el verano o evitábamos en invierno; las cacerías para las que veía prepararse a los mayores, cómo se reían con alivio al regresar, contentos de haber conseguido alimento para todos, y tras las que encendían el fuego y rezaban y cantaban con solemnidad al animal y a nuestro Dios creador, Maheo.

Todo lo que había existido antes de lo sucedido en Sand Creek regresó al interior de la tierra, a las profundidades de esa peculiar quietud del suelo y de la muerte.

Durante la masacre, mientras se producía, entre las balas y los gritos y los cuerpos caídos por todas partes, Spotted Hawk empujó a un niño hacia mí como diciendo: llévate-lo contigo. Yo era joven por entonces, apenas más que un niño también. El pequeño que mi abuela me había encomendado tenía unas pecas alrededor de los ojos que parecían salpicaduras de sangre. Cuando una persona tenía pecas, solía ser porque los blancos habían entrado en contacto íntimo con la vida de alguien de nuestro pueblo y habían provocado algún desastre. Una vez, a uno de mis tíos lo mataron de un tiro justo delante de mí, un blanco solitario que vino a cobrar venganza mató a mi tío de un disparo en la nuca, y en la cara de Spotted Hawk quedaron salpicaduras de sangre repartidas igual que las pecas de ese niño, ese niño que tenía las mejillas hinchadas como si acumulara la saliva, como si estuviera demasiado asustado para tragársela.

El rostro de Spotted Hawk, igual que hacía siempre, escondía todo lo que sentía por dentro. Señaló una yegua frunciendo los labios y, cuando el niño y yo montamos en ella, le dio una palmada en la grupa y salimos al galope. Volví la mirada y vi caer el cuerpo de Spotted Hawk. Jamás llegaría a saber si fue por una bala, para cubrirse o para hacerse la muerta. Sabía que las arañas lo hacían, había visto una araña negra con una marca de un rojo vivo en la tripa hacerse la muerta. Me había escondido a esperar, a esperar y observar, y entonces vi cómo cobraba vida justo antes de abalanzarme sobre ella y pisarla con fuerza. Años después, en Florida, la primera vez que vi la forma de un reloj de arena y comprendí que representaba el tiempo encarnado en la delicada caída de la arena a través de un estrecho paso de cristal, recordé la marca de esa araña y que había formas de hacerse el muerto y luego regresar a la vida.

Un perro consiguió seguirnos desde el campamento. Era todo negro salvo por una mancha blanca en el pecho, tenía las patas largas, el pelaje desaliñado y los ojos amarillos como el sol. Justo después de ver al perro, noté un dolor agudo y salté de la yegua pensando que algo me había mordido. Al llevarme la mano a la parte baja de la espalda me encontré con una herida húmeda. Miré la sangre y me dio la sensación de estar cayendo por el aire. Entonces me quité las polainas y me las enrollé en la cintura con la esperanza de parar la hemorragia. El niño me ayudó a vendarme y luego hizo lo poco que pudo para sostenerme mientras subía otra vez a la yegua, porque yo estaba muy débil para hacerlo solo. Después de eso me quedé dormido y, al despertar, vi que era de noche.

El niño y yo nos acurrucamos entre un montón de mantas que mi abuela había conseguido cargar en la yegua. Por la mañana encontramos al perro hecho un ovillo entre los dos. Todavía me ardía donde había entrado la bala, pero ya no

sangraba. Pensé que no se habría metido muy dentro y quise encontrarla con los dedos, sacarla si podía.

Cuando el sol se puso otra vez por el oeste a nuestra espalda, con su ausencia llegó un frío penetrante. Dormimos debajo de la yegua, que estaba de pie.

Sentí que mi abuela le había rezado al animal diciéndole qué hacer. Era capaz de galopar como si la llevara una corriente, y seguimos los antiguos cauces del agua, a lo largo de los arroyos secos, con la masacre cada vez más atrás, su recuerdo todavía sobre la piel, sus sonidos resonando aún agudos y cortantes en los oídos. Avanzamos por entre los árboles y los campos como jóvenes fantasmas.

Esa noche, antes de dormir nos miramos el uno al otro sin decir nada. Supe entonces que, por mucho que quisiera, no podría hablar. No era capaz de decir nada y tampoco sabía si alguna vez lo había hecho. Creía recordar haber hablado, pero, cuanto más tiempo pasaba, menos seguro estaba de que mi boca hubiera proferido sonido alguno. Tampoco sabía si el niño no decía nada por ese mismo motivo, o si era porque ya se había dado cuenta de que yo era una de esas personas extrañas que no sabían hablar.

¿Hasta dónde llegaremos?, pareció preguntarme señalando con la barbilla y los labios en la dirección en la que íbamos.

Hasta donde los soldados nos maten, contesté con una mirada amplia alrededor, gesticulando como si sostuviera un rifle y cerrara un ojo para apuntar, y echando después la cabeza hacia atrás como si me hubieran disparado.

¿Lucharemos esta vez?, preguntó el niño levantando los puños.

¿Crees que deberíamos habernos quedado a luchar?, respondí señalando con los labios hacia el lugar del que veníamos.

Morir habría sido mejor que esto, pareció contestar fro-tándose la tripa, refiriéndose al hambre que apretaba.

Ese perro de ahí nos ayudaría a llegar más lejos, dije señalando al animal y enarcando las cejas.

No, repuso el niño. El perro no, contestó bajando la mirada y sacudiendo la cabeza con vehemencia.

Continuamos durante lo que pareció muchísimo tiempo dejándonos llevar por la yegua. Sin embargo, cuando empecé a notarme demasiado débil para mantenerme despierto y el niño se puso a lloriquear, no pude seguir negando la carne de caballo sobre la que íbamos sentados.

Ya teníamos encima la noche invernal, de manera que, si pensaba hacerlo, tendría que decidirme pronto. Amarré la yegua a un árbol con un nudo corredizo que me habían enseñado para una ocasión justo como esa. Si tenías que comerte a un caballo, así era como había que atarlo primero. Pero no maté a la yegua, porque de su parte trasera salió un potrillo. Cayó de lado con un ruido como de golpe mojado y al principio intentó ponerse de pie, pero no pudo, luego se quedó tumbado, luego se quedó quieto. El niño se limitaba a mirar, incapaz de seguir de pie, sentado algo más allá con la boca muy abierta. El perro ladraba mientras la madre intentaba reanimar al pequeño dándole empujoncitos con el hocico. Me acerqué más al potro para ver si había vida en él y entonces me asaltaron una serie de preguntas indeseadas: *Si el potro estaba muerto, ¿nos lo comeríamos? ¿Mataría antes o después a su madre para comérnosla también? ¿Tendríamos que pelearnos con el perro por la carne? Y, si peleábamos y lo matábamos, ¿nos lo comeríamos a él?* Tenía demasiada hambre. El viento empezó a soplar con fuerza y el perro llegó corriendo, pero entonces cayó de lado como si lo hubiera alcanzado una bala. Miré alrededor para ver si nos disparaban y me protegí los ojos del polvo que levantaba el viento, tan es-

truendoso que no dejaba oír nada más. El niño tenía la cabeza escondida entre las rodillas y me pareció oír que gritaba, pero tal vez fuera el viento también. Levanté la mirada y vi una nube tenue que cruzaba por delante de la luna. Una luz oscura atravesaba esa nube y bajaba desde el cielo igual que una lluvia lejana. Corrí hacia el niño, le tiré del brazo para levantarlo y nos escondimos debajo de las mantas.

A la mañana siguiente desperté y vi a la madre yegua todavía allí tumbada, pero muerta, y al perro haciendo como que ladraba con el morro, aunque de él no salía ningún sonido, y entonces se puso a toser y vomitó hierba de un verde brillante. Me acerqué a la yegua muerta y busqué al potro, pero no encontré nada, ni siquiera restos de su nacimiento. Había oído hablar de madres que se comían a sus mortinatos y me pregunté si habría pasado eso, si habría sido eso lo que la había matado.

Afilé una rama en una roca, luego encendí un fuego. Tenía que actuar antes de que la carne de caballo se estropeará. Me comí enseguida la mitad del hígado del animal y le pasé el resto al niño, que lo aceptó con apetito. Después corté carne de donde me resultó más fácil. Permanecimos todo el día en aquel lugar, comiendo de vez en cuando, y al terminar no nos atrevimos a mirar lo que quedaba de la yegua detrás de nosotros.

Por la mañana, cuando nos acercamos a un riachuelo de agua amarga, teníamos la boca manchada de sangre. No sé cuánto tiempo caminamos después de eso hasta que vi a un joven en un caballo negro. Era Bear Shield, refugio de oso.

Bear Shield nos llevó a un campamento donde la mujer cheyene más vieja que había visto jamás le dijo al niño que tomara mi nombre. Mi nombre, antes, había sido Bird, pájaro. A mí me dio uno nuevo señalando el cielo, donde acababa de aparecer la primera estrella nocturna, y señalándome luego a mí.

El perro estuvo con nosotros una temporada, pero, cuando ya no quedaba nada más que cazar y el hambre empezó a doler demasiado, ese perro —igual que muchos otros— acabó devorado.

Aunque yo nunca respondía, a Bear Shield le gustaba hablar y solía hacerlo conmigo, al principio en cheyene y luego, cuando se dio cuenta de que no iba a contestar nada, en inglés. El inglés lo había aprendido de su padre, que había sido explorador y había viajado un tiempo con el ejército estadounidense antes de dejar el trabajo y unirse a la Sociedad de Guerreros Cheyenes, los soldados perro.

Un día, Bear Shield dijo que más nos valía irnos por nuestra cuenta y no quedarnos a morir en el campamento. Le dije al niño que siguiera con la anciana que nos había hecho cambiar de nombre y, a la mañana siguiente, Bear Shield y yo partimos en su caballo.

Pareció que solo pasaran inviernos. A veces era como si el mundo se hubiera acabado y estuviéramos aguardando la llegada del siguiente. Más a menudo era como si esperase que regresaran los sonidos de la guerra, que las primeras luces del alba trajeran consigo a unos hombres azules que volverían a aniquilarnos y a dispersarnos, a menguar nuestra presencia en la tierra, igual que con los búfalos, a darnos caza y matarnos de hambre y acorralarnos como por entonces había oído que hacían con los pueblos indios de todas partes.

Vimos y comimos muchas cosas extrañas mientras vagamos juntos buscando a nuestra gente, buscando un lugar donde poder quedarnos. No teníamos una casa a la que regresar, así que continuamos con nuestra existencia errante. Atrapábamos conejos y pavos y serpientes, y nos los comíamos. Asaltábamos carromatos y campamentos cuando nos topábamos con alguno, y poco nos importaba que fueran de blancos o de otros indios, mientras supiéramos que podía-

mos salir ilesos de allí. El hambre parecía mantenernos con vida al tiempo que amenazaba con matarnos. No sabría decir dónde estuvimos todos esos años porque nunca estábamos mucho tiempo en un mismo lugar. Una de las primeras cosas que robé fue una yegua y nunca fuimos buenos el uno con el otro; ella no quería que la montara y no podía culparla. La dejé libre en cuanto encontré otro caballo que robar. No me importaba vivir así, pero esa existencia desgastaba. Y, al final, cuando tuvimos que hacer daño a otras personas para mantenernos a salvo, supe que debíamos encontrar otro camino, uno mejor.

Cada vez que nos quedábamos en algún sitio el tiempo suficiente, Bear Shield montaba su tambor. También me enseñó a hacerlo. Con piel, piedras, una cuerda, un asta para tirar de la cuerda y tensar la piel, y un poco de agua en el fondo de un caldero de hierro. En el fondo del tambor poníamos siete piedras que representaban las siete estrellas que parecían rodear la luna en el cielo nocturno. Nunca supe por qué las llamaban soldados perro ni por qué teníamos ese relato sobre una niña que daba a luz a unos perros que luego se convertían en estrellas. Una pega que tiene no hablar es que resulta difícil hacer preguntas concretas, así que la mayoría de las cosas que no entendía sencillamente tenía que aceptarlas.

El tambor sonaba con fuerza, así que cuando lo tocábamos siempre nos alejábamos lo suficiente para estar seguros de que nadie nos oiría, y nos acercábamos al agua si podíamos encontrarla. El tambor emitía un sonido profundo y pesadoso, y yo tenía que ajustar la fuerza con la que tensaba la piel para conseguir un tono más alegre, para librarme de esa intensa sensación de que se me podría tragar. Cuando lograba que sonara como yo quería, al tocarlo sentía que regresa algo que había escapado de mí. Por eso tocaba siempre que podía. A veces Bear Shield también cantaba, buscaba

algo que quedara bien con el tono del tambor, con mi ritmo. No sabía si conocía esas canciones de antes o si se las inventaba sobre la marcha. Un dolor y una pérdida indescriptibles nos acompañaban allá donde íbamos. Tanta hambre y tanto sufrimiento... Pero con el tambor entre ambos, y con los cánticos, se creaba algo nuevo. Golpeábamos y cantábamos y de todo ello salía una especie de belleza atroz que lo elevaba todo en su canto.

El lugar en el que nos asentamos durante más tiempo quedaba cerca de Fort Reno. Por entonces estábamos bastante exhaustos y habíamos oído que allí podríamos entregarnos y que nos darían alimento y cobijo. Sin embargo, poco después de llegar nos dijeron que los cheyenes del sur habían cometido una infinidad de crímenes contra el ejército de Estados Unidos y el asesinato especialmente truculento de una familia llamada los German, y que tenían que apresarnos para que pagáramos por esos crímenes. Nos llevaron a Fort Sill a treinta y tres de nosotros, encadenados con grilletas de hierro, y luego nos subieron a un tren hacia Florida.